LA VISIÓN EXTERNA DE LA CRISIS ESPAÑOLA (1917-1923): UNA NOTA EXPLICATIVA

Hipólito de la Torre Gómez

Es ya muy antigua la propuesta de estudiar la historia española en las "coordenadas" internacionales. El profesor Jover no se cansaba de recomendarlo. Y, aunque todavía de forma embrionaria, la actual historiografía está recogiendo el reto. El sistema internacional, complejo externo de poder y mediatización, perfila siempre el escenario condicionante de la posición de los Estados. El peso de éstos depende de su capacidad de intervención en aquél. La solvencia interna –política, económica, cultural– constituye un marcador bastante objetivo de esa capacidad. También la propia evolución del sistema que, según en qué momentos y circunstancias, ofrece diversos márgenes de intervención a las soberanías políticas. Tales parámetros resultan fundamentales a la hora de ponderar el papel de un Estado en el orden externo.

No son los únicos. El juicio que cada protagonista estatal se forja de sí mismo posee un valor intrínseco que, además de proyectarse en la historia, condiciona los propios recursos de acción en la escena internacional. Pero no es suficiente. Precisa para completarse de la percepción de los otros de la definición ajena. Gracias a ésta podemos mejorar la calidad de nuestro propio retrato, mientras que nos permite explicar muchas de las posiciones a nuestro respecto de los agentes estatales del sistema. Lo que creemos que somos y lo que creen los demás acaban por ser factores de primer rango para interpretar nuestra realidad interna y nuestro desempeño en el exterior.

Este libro constituye un intento de contribuir a perfilarlos apelando al juicio externo expresado por las representaciones diplomáticas de los países más próximos, tanto en la historia como en las circunstancias españolas de la crisis de su Estado liberal que aquí se analiza. Constituye éste la primera parte

(1917-1923) de un proyecto editorial de tres que, en las dos siguientes, vendrá a discurrir por los sucesivos periodos canónicos de 1923-1930 y 1931-1936.

Para evitar que se tache esta obra de pretenciosa, he tenido el cuidado de calificarla como mera tentativa. Porque a nadie se le ocultan las limitaciones y los vicios más que potenciales de la tarea. Las limitaciones son abrumadoras, al borde de la tentación de desistimiento. Y ¿cómo no, si la documentación que aquí se recoge representa una gota en el océano de papeles de los seis archivos visitados? A la vista de esta circunstancia, ya podría afirmarse sin la menor sombra de duda que las piezas seleccionadas nunca podrán ser las más representativas. Habrá siempre otras que lo sean más. Y a eso se suman los propios vicios de la selección: si es imposible un escrutinio mínimamente satisfactorio, es más que seguro que el historiador haya corrido el riesgo de ir a buscar las respuestas que quería. Quedan aquí asumidas esas limitaciones, aunque acaso se vean parcialmente neutralizadas por el honesto propósito de incardinar la búsqueda documental en un evidente cuestionario, ése sí más o menos deliberado, de problemas y situaciones que fácilmente se imponen al historiador ante el espectáculo de la España en crisis de 1917-1923.

¿Cuáles? La quiebra de un sistema representativo, siempre viciado y ya ahora en colapso; las estresantes mudanzas económicas y sociales que acarrea la coyuntura de la guerra mundial; las tensiones ideológicas que dividen a la sociedad española; los objetivos y ambiciones exteriores que subyacen a una neutralidad tan firme como preñada de contradicciones; la imparable emergencia del factor militar, pronto dueño de la solución; el problema de Marruecos, que acaba por hacer añicos la precaria paz civil del liberalismo. Y todo ello, al hilo de un paisaje político eternamente inestable por el que discurre la acción impotente –y ¡cuántas veces mezquina!– de personajes archiconocidos del tobogán de la Restauración: liberales y conservadores divididos por personalismos clientelistas; políticos de la periferia –republicanos reformistas, nacionalistas catalanes– a horcajadas entre el posibilismo y la ruptura, inciertos en su constante perplejidad; el rey sobre todo, clave de una bóveda que se viene abajo. Alfonso XIII, lo peor y lo mejor de aquella España sobre ascuas.

No es cuestión de resumir aquí las respuestas al implícito cuestionario de los autores de este libro. Para eso están las respectivas presentaciones de la documentación diplomática producida por los países que hoy llamaríamos de "nuestro entorno". Pero se me antojan oportunas algunas consideraciones que sugiere esta compilación documental.

Es manifiesta una coincidencia de fondo sobre el caso español. Ya lo hemos señalado: crisis múltiple, estructural, que apunta a un sistema viciado en origen, y ahora en estado de desahucio; coyunturales beneficios económicos de la guerra, que se esfuman en los años siguientes; debilidad internacional del país, que había pretendido mucho más de lo que podía ser; desenlace que inevitablemente sugiere expectativas de decisivas mudanzas superadoras del modelo liberal.

Las explicaciones que la documentación arroja trascienden casi siempre la coyuntura de esa España en crisis, para instalarse en el reino de la desastrosa historia de su liberalismo; aún más, de la larga duración histórica del país; incluso de la vena constitutiva de la comunidad española, con sus inveterados y viciados rasgos antropológicos: desde la España retrógrada, heredera de una ensoñadora tradición imperial y de un deformador espíritu inquisitorial, a la España anarcoide, incapaz de asumir desde un elemental compromiso cívico los valores colectivos del progreso y de la civilización modernos. Ninguno de los "analistas" escapa al tópico: los alemanes y los británicos miran con la óptica de una indisimulada superioridad la decadente desorganización de ese país del sur a medio camino entre Europa y el Norte de África; los portugueses sangran por la herida del temor al retrógrado imperialismo castellano; los franceses llegan a emitir el demoledor diagnóstico de que el propio espíritu individualista, que se atribuye a los españoles, es menos gloria moral de una estirpe de hombres libres, que resultado de la envidia, "vicio nacional" poco glorioso.

Desde el análisis del país en un tiempo histórico puntual al juicio sumario a su larga duración e incluso a su naturaleza constitutiva, el retrato foráneo se carga de tintas negras. Demasiado negras para ser completamente creíble. Máxime cuando la catástrofe de la guerra –de la que España escapa– y los terribles desórdenes de posguerra –revolucionarios y contrarrevolucionarios– que en muchos casos –Portugal, Alemania, Italia– exceden a los españoles, proyectan un escenario comparativo donde el caso estudiado no resulta ni el más grave ni el de más negativas consecuencias.

Y sin embargo, pocas cosas se hurtan al juicio adverso del exterior: algunas interesantes observaciones francesas sobre los progresos sociales de la meritocracia en ascenso, o la constatación de cómo la libertad de expresión alcanzaba llamativas cotas en la España de Alfonso XIII. Escapa sobre todo la propia figura del monarca, plagada de referencias en las noticias de sus visitantes diplomáticos, que, sin excepción, perciben en el rey la clave de la vida política del país. Contrastada con la pobrísima –casi a veces miserable– de los políticos, la imagen del rey se agranda. Cierto que está cuajada de problemáticos defectos –locuaz en exceso, imprudente, veleidoso, contradictorio, superficial, con frecuencia dúplice, maniobrero e intervencionista–, pero los contrarrestan, y hasta justifican, sus indudables valores: un valioso linaje, Habsburgo y Borbón a un tiempo, que presta a D. Alfonso la grandeza de origen que, junto con el papel constitucional y los bloqueos políticos del régimen, explica sus indudables tendencias cesaristas; una viva y rápida inteligencia, una desenvoltura sin complejos, un encanto personal que sin excepción cautiva a sus interlocutores. Esa mezcla, en suma, de Don Quijote y Sancho –a veces ingenuo "maquiavelo" de vía estrecha– que da calor y color a la hechura del joven rey, le torna ante todo españolísimo. Patriota hasta la médula, celoso de su protagonismo político, tiende a patrimonializar el senti-

miento patrio. Solo se quería –sentenciaba el embajador de Francia– a sí mismo y al país.

Más o menos acertado, el retrato de esa España en crisis podía ser todo menos completamente objetivo. Devolvía, como en un espejo, la imagen de los propios retratistas. Algo normal e históricamente muy útil, aunque no se haya intentado cuanto merece el sistemático aprovechamiento de esa vía metodológica. Esas interferencias muestran intereses coyunturales o percepciones profundas, ambas cosas a menudo, en relación con nuestro país.

Resultan particularmente manifiestas, como indica Carlos Collado, en el caso de Alemania, cuyo representante diplomático –el influyente embajador Ratibor a lo largo de la guerra– percibe el caso español desde el prisma del continuo afán de Berlín por sujetar la neutralidad española frente a la dominante tracción de la Entente. También muy condicionado por la óptica propia se nos presenta el dictamen portugués. Pero en este caso, obedece a profundos criterios nacionalistas estimulados por la circunstancia de la Gran Guerra y sus repercusiones sobre los Estados peninsulares. La obsesión por el abrumador predominio de la germanofilia en España, y su identificación con los afanes imperialistas del histórico castellanismo hispánico, está reflejando el eterno fantasma –bastante justificado, por cierto– del "peligro español". La amarga presentación de los injustos beneficios obtenidos por la España de la guerra; la indisimulada satisfacción con la que el representante de Lisboa relata el fin de la prosperidad española; la crítica descarnada a la crisis interna y a la España eterna de la "charanga y la pandereta"; o la complacida descripción de los fracasos en la empresa marroquí a raíz sobre todo del desastre de Annual, todo apunta en la misma dirección interpretativa: los recelos de España; el despecho ante su prometedora posición de posguerra; el contraste implícito con la inútil y costosa beligerancia de Lisboa, que había tenido como fin primordial destacarse del insidioso vecino, afirmarse frente a él en la paz democrática de los aliados, acabar de una vez por todas con el "peligro español". Son solo dos ejemplos de mediatización del juicio.

En suma, tópicos, intereses, realidades palmarias; deficiencias y vicios inherentes a toda labor de esta naturaleza. La documentación que aquí se reúne posee un valor relativo, que no conviene exagerar pero tampoco minimizar. Actuando con independencia de criterio en cada archivo asignado, los autores transmiten cuestiones comunes, dictámenes similares: imágenes en suma sustancialmente coincidentes entre sí y con la realidad española de la época; también muy a menudo complementarias, ampliando de esta forma la riqueza del escenario español descrito. Es la creación histórica de sus preguntas, pero también el reflejo de los intereses y de los prejuicios de los intérpretes diplomáticos, el visible testigo ya no del retrato, sino de los retratistas foráneos de la España en crisis.

El lector debe saber que los contenidos y la intención que subyacen en este libro lo definen más por su versatilidad interpretativa del objeto y de los sujetos en él estudiados que por cualquier pretensión de contundencia conclusiva.

Hipólito de la Torre Gómez
Coordinador